

VINDICACIÓN DE ROBESPIERRE

Valeria Ianni

Un maldito. Un sanguinario. Un fanático. Un tirano. Un terrorista. El jacobino por excelencia. “El Incorruptible”. Maximiliano Robespierre (1758 – 1794), protagonista de la etapa más heroica de la Revolución Francesa, sigue incomodando a más de dos siglos de distancia.

Hijo mayor de una familia de antiguos campesinos que se habían convertido en abogados, Maximiliano estudió leyes becado en el Colegio Louis – le - Grand de París. Centro de difusión de la filosofía iluminista desde la expulsión de los jesuitas, en esta escuela por cuyas aulas habían pasado nada menos que Molière, Voltaire, Diderot, Turgot, entre muchos otros dirigentes e intelectuales, Robespierre se destacó por su pasión y dedicación al estudio. Ya recibido, retornó a su hogar para vivir humildemente de su profesión. Pero, afortunadamente, el anuncio de la convocatoria a los Estados Generales que cambiaría la historia de Francia y del mundo, evitó que Maximiliano se perdiera en una existencia rutinaria de abogado provincial.

Elegido diputado del Tercer Estado por los habitantes que no pertenecían a ninguna corporación, llegó a París en mayo de 1789 gracias a lo cual pudo seguir y participar de los grandes acontecimientos de la Revolución desde su mismo epicentro.

Desde las primeras sesiones, tomó parte en todos los debates interviniendo con ardor y provocando inevitablemente las “reacciones vivaces” del auditorio. Defendió el sufragio universal, la igualdad de derechos de las minorías, la liberación de los esclavos de las colonias francesas en las Antillas. Su posición fue siempre la de emprender (y sostener) la lucha sin cuartel contra la monarquía y todos los privilegios del Antiguo Régimen. Su convicción llevó al moderado conde de Mirabeau a vaticinar sobre el futuro de Robespierre en esos primeros meses de Revolución: “*Irá lejos, cree en todo lo que dice*”.

Sus contradicciones fueron las de un dirigente de una revolución de masas, popular, pero que llevaría al poder a una clase minoritaria. Seguidor ferviente de las ideas de Rousseau, Robespierre creía en un orden democrático de pequeños propietarios en el que nadie fuera demasiado rico ni demasiado pobre, única garantía para construir un orden político en el que rigiera la virtud. Desde esa perspectiva, criticó la absolutización del derecho de propiedad en La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano: “*De este modo vuestra Declaración parece hecha, no para los hombres, sino para los ricos, para los acaparadores, para los traficantes y para los tiranos*”. Es cierto, esta era una condena moral. Robespierre no fue un dirigente comunista, no podía serlo; pero fue un revolucionario radical.

En contraste con la burguesía que aun en su Revolución tuvo tanto miedo de la restauración como de las acciones de masas campesinas y sans-culotte, en cada momento definitorio de las relaciones de fuerza, Robespierre mostró que “*No se hacen revoluciones a medias*” como había dicho su camarada Saint – Just.

Es por eso que combatió los intentos de una salida negociado con esa institución que resumía todas las aberraciones de un orden social injusto y arbitrario: la monarquía. Tras la insurrección armada del pueblo de París que, luego de tres años de indecisión, depuso a Luis XVI y dio lugar a la proclamación de la República en septiembre de 1792, Robespierre pronunció un discurso memorable en contra de que se juzgara al tirano porque el pueblo ya lo había hecho. Y con la claridad y precisión que siempre tuvieron sus intervenciones, concluyó “*Luis debe morir para que la patria viva (...)* Yo pido que la Convención le declare desde este momento traidor a la nación francesa y criminal contra la humanidad”.

En junio de 1793 una nueva jornada popular llevó a los jacobinos con Robespierre a la cabeza a la conducción del destino de Francia. La contrarrevolución ganaba terreno dentro y fuera de las fronteras y Robespierre, al frente del Comité de Salvación Pública, comprendió que la profundización de la Revolución y la reconquista del espacio perdido era una y la misma cosa. Había que actuar con decisión, con claridad, con rapidez y de un modo implacable. Este fue el sentido histórico de intervención de Robespierre. La República Jacobina resolvió en pocos meses los problemas que se habían esquivado desde 1789: creó una armada revolucionaria reclutada entre los sans – culottes, organizó a un millón de hombres en 14 ejércitos, nacionalizó las fábricas bélicas, estableció el *maximum general* de precios para frenar la inflación creciente, canceló las deudas de los campesinos con los terratenientes convirtiendo en realidad la expropiación sin indemnización y el fin del feudalismo. Nada de esto habría sido posible sin la instauración del Terror, sin la coacción organizada, *“El gobierno revolucionario es el despotismo de la libertad contra la tiranía. ¿Acaso la fuerza sólo está hecha para proteger el crimen?”*.

El éxito de Robespierre, sin embargo, no pudo perdurar. La república de ciudadanos propietarios y soldados era irrealizable. Los procesos de Germinal que llevaron a la guillotina primero a los “extremistas” representantes de los sans – culottes partidarios de aumentar el Terror, controlar la economía y mentores de la campaña de “descristianización”, y luego a los “indulgentes” encabezados por Danton y partidarios de la pacificación mostraron las tensiones que atravesaban a Robespierre y a los jacobinos.

La victoria sobre los focos de contrarrevolución en las provincias, el triunfo de Fleuers en el exterior, la recentralización del poder revolucionario que había mellado la capacidad de acciones directas desde abajo, y el disciplinamiento de los dirigentes sans – culottes más extremos, fueron las señales que esperaba la burguesía para imponer un gobierno menos democrático, menos plebeyo, menos radical.

El Golpe de Thermidor (9 de julio de 1794) marcó el fin de la fase creativa y heroica del alumbramiento de la sociedad burguesa. La revolución se institucionalizó en torno a la propiedad privada y la participación política del pueblo decayó. La burguesía respiraría aliviada al encontrar en Napoleón una solución política y militar acorde a sus privilegios y a sus miedos.

Empezaba la historia maldita sobre Robespierre. La nueva clase dominante nunca le perdonaría que hubiera sido el Incorruptible, que hubiera tenido la insolencia de desobedecer al poder del dinero. Menos aun que hubiera fundamentado y puesto en práctica el terror revolucionario. Como diría siglos después otro gran revolucionario, Robespierre sabía que en una revolución se triunfa o se muere, si es verdadera. Sabiendo que estaba condenado, no intentó conciliar con los vencedores para salvarse. En su último discurso dijo: *“Pueblo, tú que eres temido, que eres adulado y que eres despreciado; tú soberano reconocido, tratado siempre como esclavo, recuerda que allí donde la justicia no reina, (...)el pueblo ha cambiado de cadenas y no de destinos”*. Pocas horas después, el 10 de julio de 1794, murió decapitado junto a sus compañeros más entrañables. Tenía 36 años y sólo dejó como herencia 100 libras.

Ianni, Valeria: “Vindicación de Robespierre” (artículo), sección “Malditos”, **Sudestada**, Año 8, N° 79, junio de 2009, páginas 26 – 28.